

EL ECO LITERARIO.

SEGUNDA SERIE.

En Valencia 4 rs. al mes.

NÚM. 2.— DOMINGO 13 DE MAYO DE 1849.

En Provincias 3 rs al mes.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

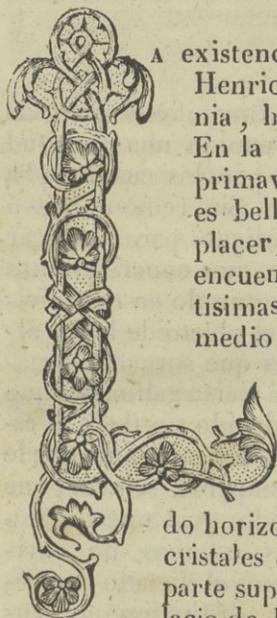
LOS BLASONES DE UN VALIENTE.

Año 1116.



I.

La emperatriz.



A existencia de Metildis, esposa de Henrico V, emperador de Alemania, ha sido turbada por el dolor. En la edad de los placeres, en la primavera de la vida, cuando todo es bello é ilusorio, no encuentra placer, belleza, ni ilusion, tan solo encuentra lágrimas. Súplicas trisísimas dirige al Omnipotente en medio de sus tribulaciones. Si tiene fe, si ora con fervor, Dios curará su corazon llagado.

El dia muere ya, y la luz roja del sol, penetrando horizontalmente por los pintados cristales de las ventanas, ilumina la parte superior de una capilla del palacio de Henrico, mientras la mitad inferior está sumida en la oscuridad. Suspendidas en medio de esta atmósfera de luz y de tinieblas arden seis lámparas de plata delante de un Crucifijo. Ver esta imágen en cuyo rostro están señalados todos los dolores de un hombre en su agonía, ver al resplandor del sol los dorados artesones cual si estuvieran ardiendo, ver el pavimento de mosaico formando satánicos contornos con piedras blancas y negras, ver aquellas seis luces silenciosas, trémulas y débiles, casi producen miedo.

Al levantar los ojos en este recinto, creyérase suspendido en su cenit un océano de fuego, y al bajarlos juzgárase estar pisando los hielos de la Groenlandia, mirando deslizarse en ellos mil es-

píritus impuros, mil negros fantasmas. Metildis, sin embargo, reza tranquilamente al pie del altar. Parece que la Madre del Redentor hubiese abandonado la cruz para contemplar de rodillas los dolores de su hijo. ¡Es tan hermosa!

Ocultado por las sombras, y casi á su mismo lado, fija en ella sus miradas un hombre cuya fealdad es repugnante.

He aquí un contraste notable: ella es hermosa, pura, inocente, ¡un ángel! él horrible, vicioso, criminal, ¡un malvado!

A pesar de todos sus defectos, el caballero Guillermo de la Sierpe-alada habia demostrado á la emperatriz su infame amor escudado por la gran valía de que gozara en la corte de Alemania. Metildis rechazó aquella pasion primero con el desdén, despues con reconvencciones y finalmente con amenazas inútiles para torcer la voluntad de aquel hombre que era su génio malo.

La emperatriz, cuyo corazon para Henrico solamente palpitaba, implora con fervor la proteccion del Todopoderoso, ignorando que el demonio la persigue hasta en los lugares de la oracion.

Finalizadas sus preces, retirase ya, cuando se presenta á su vista el caballero Guillermo.

—Metildis, Metildis, escuchadme, le dice con voz suplicante.

— ¡Siempre ese hombre! esclama la esposa del emperador.

— Sí, siempre ese hombre. Yo seré por todas partes vuestra sombra; siempre, siempre os seguiré, y si os lanzais al infierno me precipitaré con vos.

—Tened, Metildis, piedad de mí: vuestros desprecios me matan; ¡piedad, piedad! vuestra hermosura ha quemado mi pecho, vuestra belleza ha cauterizado mi corazon, vuestros encantos han embriagado mi alma. Impulsado en la carrera del crimen me hubiese detenido á vuestra voz; pero habeis desoido mis súplicas; y por esto he ido despeñándome de maldad en maldad. Yo mismo me horrorizaba de tantos delitos, y sin embargo deseaba nuevas destrucciones y anhelaba mayores males.

— ¡Sacrílego! ¿este es el lugar de recordar vuestras maldades?

— ¡Oh! callad, callad, esas palabras me matan. Lo he dicho, tengo el alma perdida, el corazón gangrenado, y deseo respirar vicios y corrupción: vos sola podeis, salvadme.... vos sois mi única esperanza, piedad para mí, piedad....

Y el infeliz de rodillas, pálido, convulso y enagenado se arrastra á los pies de Metildis.

— Apartaos, caballero, apartaos, semejante amor es un delito.

— ¡Qué importa si este delito puede matar otros mil crímenes? ¿Qué culpa tengo yo si el cielo os dió tanta hermosura para mi perdición? ¡Oh! sois hermosa, ¡muy hermosa! pero tambien sois mi ángel malo, sois la fatalidad en mi destino. Hace pocos momentos contemplaba con éxtasis indecible vuestra hermosura y vuestra pureza: la sangre abrasaba en las arterias, y cerré los puños con tal violencia, que mis uñas se han ensangrentado en mis carnes. Mi pelo se erizaba á un furor desconocido, de mi voluntad arrancaba un deseo insaciable, un fuego maldito carbonizaba mi cabeza, y no obstante sentí frio, padeciendo mas de lo que puedo expresar. Aun serias virtuoso y feliz, — pensaba yo, — pero ella rechaza mi pasión, y me arroja á un abismo para que sea despedazado. Ya veis cuánto sufro: tened compasión un instante, nada mas que un instante; un momento de felicidad, y sacrificaré gustoso los años que me quedan de existencia.

Es tan inmensa la desesperación de Guillermo, que la emperatriz lo compadece á pesar de todo el mal que le causara.

— Si os sentís movido á la virtud, le dice con dulzura, postraos ante un Señor que todo es clemencia y misericordia. Y Metildis, con su mano, está indicando el Crucifijo.

— Para mí no hay Dios, — continua aquel frenético, — ¿Cómo he de orar si hasta la oración he olvidado? Entre Dios y yo se necesitaba un ángel por mediador, y este ángel sois vos, Metildis. Solo vos podeis, salvadme, salvadme.

Y, con impetuoso frenesí, fijó sus impuros labios en la mano de la emperatriz, que indignada, exclamó:

— Salid de mi presencia, traidor, salid ó mando que os castiguen. Vasallo: paso, paso ó mando que os arrojen de mi palacio.

Todas las sanguinarias pasiones se agolparon en la faz de Guillermo. Furiosamente loco empuñó el brazo de Metildis, y sacudiéndolo con fuerza, gritó:

— Ese orgullo, ese orgullo os mata; vos me precipitais, mi venganza será sin ejemplo. Creedme, soy capaz de asesinar al emperador, á vos misma, y despues de haber bebido vuestra sangre derramar tambien la mia. Por última vez, salvadme y salvaos, dad amor á mi amor.

— Nunca, malvado, nunca.

— Pues la muerte....

— Sí, la muerte.

— Y sangre....

— Sí, sangre.

— ¿Y amor?

— Nunca, nunca.

— ¡Venganza! Metildis, vos lo quereis, ¡venganza! ¡venganza!!!

Al lanzar esta imprecación, Guillermo tiró con fuerza á la emperatriz contra el suelo, lanzándose fuera de aquel lugar santo con frenesí y locura inesplicables.

(Se continuará.)

COSTUMBRES.

EL PÚBLICO Y LOS ESCRITORES.

ARTICULO PRIMERO.

¿No se escribe porque no se lee, ó no se lee porque no se escribe?

(Larra.)



Es una verdad manifiesta que cada siglo ha reunido una multitud de hechos por los cuales se ha distinguido. Sin remontarnos á tiempos antiguos para justificar este aserto, nos concretaremos al bienaventurado en que vivimos, con el objeto de hacer algunas indicaciones que surgen del margen, con respecto á ciertas galimatias que se observa en él, debido sin duda al estado de lucha perenne y constante que le agita y le conmueve. No, empero, se crea, que el prurito de censurarlo todo guía nuestra pluma; no, lejos, muy lejos estamos de abrigar esta pretension: preferimos el dictado de crédulos, á pasar por escépticos, distinción que muchos ambicionan toda vez que es palabra muy en moda, y está, como si dijéramos, á la órden del día. Pero como para hablar lisa y llanamente sobre un asunto cualquiera, no hay necesidad de ostentar cierta dosis de vanidad que siempre es de mal gusto y peor efecto; y como por otra parte la materia que nos ocupa, aunque se presta á consideraciones de muy elevado género, no es de aquellas, sin embargo, que el público comprende con dificultad, y sino la comprende es porque presta oídos de mercader, limitaremos hoy nuestro cometido á apuntar como de pasada ciertos escrúpulos que allá en nuestros adentros nos asaltan.

«¿No se escribe porque no se lee, ó no se lee porque no se escribe?» he aquí una pregunta que dirigió el malaventurado Larra, sin duda porque su genio superior, auguraba el estado á que vendria reducida la literatura en nuestros dias. Y tenia razon cuando preguntaba adónde estaba eso que las gentes llaman público, y que él no podia encontrar en ninguna parte. ¡Oh! sino hubiese muerto, ya se convenciera de que los tiempos han cambiado y que el público es público ante todo, y en nuestros dias se encuentra en todas partes; y juzga, y discute, y se ocupa de lo que entiende y lo que no entiende, y no tiene pasiones por nadie, y le gusta que le diviertan y le hagan reir y llorar, que por eso dispensa proteccion á las artes y las letras y recompensa á los escritores y artistas con su ausencia en los teatros, ó con no leer sus producciones: ¡Pues qué! ¿dirán ó harán acaso, pregunta uno, algo nuevo? Y tiene razon, porque bien considerado, el hombre á los veinte ó treinta años está ya harto de novedades. ¿No ha dicho, por ventura, el sabio, mucho antes que nosotros, *nihil novum sub sole*? ¿y no tiene derecho el público de tomar acta de esta máxima y aplicarla muy oportunamente á todo lo que se dice ó se hace? ¡Bobería! no faltaba otra cosa; ¿habia de ir el público analizando y comprobando hechos, tomándose el trabajo de entrar en el terreno de las comparaciones que siempre son odiosas como dice, y sobre todo que no conducen á nada, aunque ellas basten y sobren para formar juicio, apreciar resultados y esclarecer y deducir lógicas consecuencias? No, señor, el público es público ante todo, y por eso tiene derecho para hacer cuanto quiera. Y sino ahí está Don Torcuato, que es parte integrante de ese público que Larra buscaba, y oigamos como se esplica cuando se le consulta sobre un asunto cualquiera. Oigamos lo que dice esa autoridad respetable que como no ha leído nada, ni estudiado nada, ni aprendido nada, tiene voto en la materia, porque dirige el aplauso en la ópera y la comedia, despues que en su viage á París le han contado que la Malibran era una famosa tiple y Rubini un gran tenor, y ha visto una representacion en el gran teatro de la ópera, y dos en el italiano. ¡Pues! ¿y no puede ya hablar de música, y decir si están ó no acordes las reglas del contrapunto? ¿Además, no ha completado su educacion, para hablar sobre el drama, ó la comedia, ó la literatura, cuando sabe que Shakespeare, Milton y Byron, fueron muy buenos poetas ingleses, y que Corneille, Racine y Moliere, escribieron muchas producciones dramáticas? ¿No ha hojeado en casa de un amigo suyo un egemplar del Tasso y otro de Ariosto? ¿y sobre todo, del teatro español, no ha visto piutados lo bustos de Moreto, Lope, Calderou y Moratin? ¿Y no es ésto poseer un rico caudal de

conocimientos? ¿Quién, pues, le desechará su opinion? Pues, bien; oigamos cómo se esplica este hombre, y qué juicio forma de los artistas y los autores, y todos quedarán plenamente convencidos de que el público no debe asistir al teatro, y los artistas y escritores no deben vivir de su talento, y han precision de marcharse con la música á otra parte.

— El teatro, dice, está en el último período de decadencia: no hay autor alguno que se tome el trabajo de presentar una obra concienzuda y digna del público. Nuestros poetas dramáticos se han echado á dormir, ¡ya se ve! han adquirido una reputacion prematura, y esto les da derecho á no trabajar mas que por salir del paso. Sin mas que anunciar en los carteles «produccion de uno de nuestros mas insignes literatos de la corte» las empresas se las prometen muy felices: el teatro se llena y el público toca un desengaño al verse chasquedado. Ha asistido al teatro creyendo oír una cosa buena y se ha encontrado con una menos que mediana composicion, falta de plan, inverosímil, sin caracteres, llena de lugares comunes, salpicada de alusiones picantes, abundante en epigramas, si es comedia de costumbres, ó con inoportunas descripciones, y muy buenos trozos de poesía si pertenece al género dramático. ¡Pues ahí es un grano de anís si es política! Entonces es una sátira contra el gobierno ó una tea incendiaria arrojada á un combustible. Vamos, es tontería, no se puede ir al teatro, los autores abusan del público, y este público si manifiesta un general descontento, ausentándose, cumple con su deber, que harta prueba de condescendencia es limitarse á esto. ¡Oh! si pensara como yo, les habia de hacer una guerra atróz: ¡pues qué! ¿no lo tienen acaso bien merecido? ¿por qué se quejan de que nadie compre sus obras? ¿que ninguno las lea? ¿Qué nos dicen? ¿qué nos enseñan? ¿qué se aprende? nada. Uno en un raptó de mal humor se desata en una sátira sangrienta contra los nécios. Vea usted, como si los nécios no fueran cosecha asáz abundante y productiva. ¿No son acaso ellos mas nécios en querer marchar contra la corriente de la época? El otro se queja de la falta de proteccion del gobierno y la indiferencia del público, como si el gobierno tuviese obligacion de proteger á unos hombres que al otro dia le harán una oposicion sangrienta y le sacarán á relucir sus trapitos y... sobre todo, ya obtienen la recompensa cuando sus amigos y paniaguados les aplauden y los folletinistas de los periódicos les prodigan alabanzas colocándoles á los cuernos de la luna. — Pero eso no obsta para que no echen muchas largas, y su presupuesto de gastos sea muy reducido... — Que debia serlo mas. ¿Para qué necesitan el dinero? Para derrocharlo en orgías y francachelas. — ¿Que el escritor, como ha dicho un poeta mo-

derno, suele dar en sus escritos *pedazos del corazón*? - De su rabia, de su despecho. ¿Cuándo se ha visto, ni conocido que el poeta y el escritor tengan corazón? Hoy cantan á una ingrata llenándola de improperios y mañana dicen que esta misma ingrata es el ser adorado de sus ensueños de oro; y en conclusion, si hay alguno consecuente es por la cuenta que le trae.

Tal ratiocina el imbécil D. Torcuato, y tal trompeta forma eco de una parte integrante del público; ¿y aun se quejará alguno de que no se lee porque no se escribe?

(*Baltasar.*)

POESÍA.

PARA UN ALBUM.

En el purísimo cielo
Ve el hombre estrellas lucir,
Y allá quiere alzar su vuelo
Buscando con loco anhelo
Misterios del porvenir.

Mas su pensamiento vano
A remontarle no alcanza,
Y como ignora un arcano
Que ellas no dicen, insano
Miente augurios y esperanza.

Así con fiebre delira
Para que en su vida influya
Alguna de las que mira,
Y avanzando en la mentira
Señala una como á suya.

Y por sus destellos cuenta
Con afán ardiente y loco
Los goces que experimenta,
Porque este sueño acrecienta
Sus errores poco á poco.

Mas si desde el firmamento
Abatir deja su idea,
Y fija un solo momento
Su desviado pensamiento
En cuanto el mundo rodea;

Ve á la muger, y domina
Ella siempre en su memoria,
Y su alma siempre fascina
Esta emanación divina
Que hizo Dios para su gloria.

Y olvidando las estrellas
Que causaron su ilusión,
Buscará cual buscó en ellas
Una sola entre las bellas

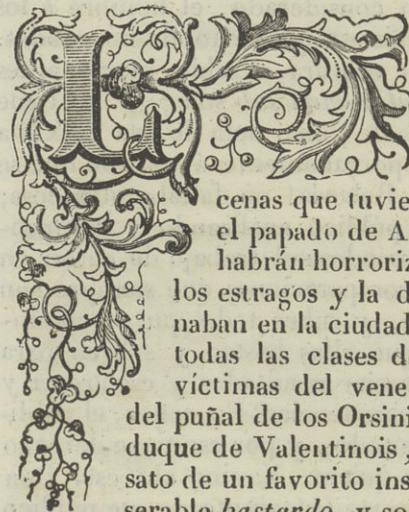
A quien dar su corazón.

Él, pureza y hermosura
Ansiará para elegir,
Y al mirarte hermosa y pura
Cifrará en tí su ventura,
Cifrará en tí el porvenir.

M. de Castells.

• TODO • NADA.

FRAGMENTO HISTÓRICO.



Los lectores de este Semanario habrán leído ó oído mas de una vez sin duda las escenas que tuvieron lugar durante el papado de Alejandro VI, y se habrán horrorizado al contemplar los estragos y la desolación que reinaban en la ciudad santa, al mirar á todas las clases del pueblo romano víctimas del veneno de los Borgias, del puñal de los Orsinis, de la cólera del duque de Valentinois, del orgullo insensato de un favorito insolente, de un miserable *bastardo*, y sobre todo de la apatía é indiferencia de su *Rey-Sacerdote* y de la constante y compacta conspiración de los nobles.

No obstante ello, nosotros presentaremos en este y sucesivos artículos algunos trozos sangrientos y horribles que la historia nos ha legado. Veámoslos.

En una de aquellas noches de algazara, de bullicio, de festin y de orgía, tan frecuentes en la época á que nos referimos, las antecámaras del palacio de Alejandro VI se hallaban atestadas de multitud de cardenales, pages, nobles y caballeros; cortesanos todos ambiciosos y aduladores, turba servil, hipócrita y venal que nunca falta en los palacios de los poderosos, aunque solo sea en busca de una sonrisa por leve, falaz y desdeñosa que fuere, que se agita y arremolina al oír la voz simpática de un pagedillo anunciar la entrada ó salida de algun encumbrado personage, de algun gran señor. Tal era, con pocas escepciones, la gente que en la citada noche ocupaba los salones del palacio pontifical, cuando se abrió la puerta de la cámara de Alejandro VI, y una voz, gritó:...

«El duque de Valentinois, plaza al muy poderoso y magnífico señor César Borgia.»

«Paso, paso, repetían los cortesanos, al noble duque;” y se apiñaron y retrocedieron y se descubrieron la cabeza y se pusieron en dos filas; César Borgia con la frente erguida, con los ojos altivos, con la sonrisa del desprecio en los labios y la mofa y el sarcasmo en lo interior de su pecho, pasó por en medio de aquellos afeminados palaciegos que no conocían mas palabras que *esclavitud y adulacion*, y cuyos ojos siguieron al duque hasta que se perdió de vista.

No muy lejos del lugar de esta escena, había cinco siniestros personajes que cubiertos con sus largos gabanes, observaban cuanto en aquel lugar pasaba. Eran el duque de Vitellozzo, el duque de Fermo, Pablo Orsini, duque de Gravina y duque de Oliverotto. Apenas César Borgia se perdió por los inmensos corredores del Quirinal, Pablo Orsini, exclamó: ¿No habeis visto como ha pasado arrogante y con la cabeza erguida? ¿No habeis notado en su rostro y en sus labios el desprecio, la burla y el escarnio que el miserable arrojaba sobre los que están aquí reunidos?

Mucho se remonta esa orgullosa águila, y será ya preciso troncharle las uñas, cortarle las alas y abatir su vuelo, replicó Vitellozzo.

No debemos, nobles señores, no debemos sufrir por mas tiempo el yugo ominoso y despótico que nos impone ese insensato y orgulloso Borgia. ¿Por qué, sino, llevamos espadas, y corre por nuestras venas la sangre de nuestros ilustres antepasados, de los cuales, ninguno, ni uno solo, á buen seguro, soportaría la esclavitud sonrojosa y villana á que estamos reducidos? No, ya no mas; por el nombre puro que nos legaron nuestros arrogantes progenitores, levantemos el pendon de la independencia, que no faltarán á nuestro llamamiento miles de caballeros que secundarán nuestros esfuerzos.

¿Duque de Gravina! repuso Orsini, ahora nada conseguiríamos. ¿No veis á esos viles palaciegos que invaden estos salones? ¿Tendrían valor para empuñar la espada y gritar «abajo el tirano?» Miradlos cubiertos de elegantes trages de seda, oro y terciopelo, gorras con plumas, medias y zapatos de raso, guantes de piel finísima... ¿cómo quereis que cambien todo eso por una armadura de hierro, que les abruma, oprima y avergüence? Creedme, no es tiempo aun.

¿Y qué, interrumpió el duque de Fermo, mientras llega ese tiempo hemos de bajar la cabeza, enmudecer, cruzar los brazos, y sufrir y mirar impasibles como un miserable roba nuestro oro y nos oprime y esclaviza? No es posible.

¿Y no sería mejor, dijo Oliveroto, que mientras con calma y serenidad esperamos el dia en que atajemos la carrera de ese leon y cortemos

sus uñas, nos presentemos á Alejandro VI y le digamos el estado abyecto y miserable de la nacion, debido á las desarregladas costumbres y ambicion sin límites de su privado y favorito?

Nada conseguiríamos, repuso Orsini; Alejandro dominado enteramente por el duque de Valentinois le participaría nuestra resolucion, y entonces, ¡oh! entonces, dos enemigos poderosos, implacables, terribles y horrosos nos asediarían de continuo.

¿Cuáles, cuáles? gritaron los cuatro compañeros de Orsini.

(Se continuará.)

Jaime Añple y Fuster.



¡Seductor!!!!!!....

PROBLEMA.

Un petulante y un burro
Entraron en discusion,
Oyóse á poco un rebuzno,
Se pregunta, ¿quién habló?

C. P. y Genís.



CASCABELES Y BOMBOS.

Como el mundo conoce estos dos preciosísimos instrumentos; lo sonoro de sus voces fuertes y estremadamente armoniosas y los oficios á que se destinan; pero no todos saben lo que representan y simbolizan. Ocupémonos primero del cascabel, y luego tocaremos el bombo. Lo estimable de aquel se conoce por los objetos á que se aplica. Aunque el cascabel no tuviera otro uso que el de adornar las cabezas de los animales, ya sean mulas testarudas, viejas y coecedoras, ya potros juguetones bravíos y por educar, ya cabras y cabrones (1) vivos, saltadores é incorregibles, debían ser muy estimados. Uno de los objetos en que mas se emplean es en las caballerías de tiro, con lo cual se consigue que los viajeros se curen muchas veces de una jaqueca pertináz y crónica, por aquello de un clavo saca otro clavo, ó como dirían los discípulos de Haneman, *similia similibus*. Además, el cascabel hace una liga tal con su amigo el bombo que nunca se encuentran el uno sin el otro, sirviendo el primero á el último como de armónico contrapunto. Ellos son la alegría de todos los muchachos, y las fiestas de la gente de porrazo se llaman de cascabel gordo. Pero todo esto es nada en comparacion de lo que estos dos instrumentos simbolizan. Cuando viereis un almirarado jóven, que muypreciado de adonis, procura tomar una posicion que escite el interés, y en la que se revela la afectacion y el estudio, decid que es un cascabel, ó por lo hueco de su cabeza, ó por la inquietud de sus movimientos. Cuando viereis otro lindo D. Diego, gran parte del dia en el tocadór, consultando el espejo, recibiendo billetes y dando respuesta con cuatro coplas ridículas, seguramente podreis decir que suena á cascabel. Si hay alguno que todo su estudio es tocar malamente un instrumento, andar de aquí para allí, hallarse en todas las funciones y aspirar siempre á ser el director, no os detengais en llamarle cascabel. Si viereis á otro que se entromete en todas las reuniones, que habla á todas las mugeres, que se aplaude á sí mismo, que rie de sus pretendidas gracias, que empieza muchas conversaciones y que no acaba ninguna, decid seguramente que es un cascabel.

Pero la lástima es que hay cascabeles en todos los estados, en todas las profesiones. En la milicia se hallan mezclados entre los grandes soldados cascabelones de inmensa fanfarronada, que fuera del peligro son el terror de los niños, de las viejas y de los meticulosos y pobres de espíritu, procu-

(1) Protestamos de la metáfora.

rando aparecer con un aspecto feróz; mas en llegando al puesto de la pelea ó del asalto, desaparece todo esto para dar lugar al miedo y á la fuga. En la profesion de las letras hay cascabeles que hacen mucho ruido, pero si se les examina se encuentra que como aquellos, están por dentro huecos y sin sustancia.

Entre los oradores hay ciertos cascabeles muy particulares: ellos ignoran el fin de su oracion y á qué género pertenece: se estravian, se repiten, dicen mil sandeces, declaman, satirizan aunque sea al auditorio mas respetable: no lo instruyen y lo enfadan; y lo mas es, que no faltan casi nunca otros cascabeles que los celebren. ¿Y en política? ¿Qué de cascabeles no se encuentran!

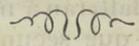
El inconsecuente sin cálculo ni objeto, el entusiasta por imitacion, el presumido que desde su oscuro rincon arregla los negocios del estado con una facilidad admirable, y en general todos aquellos que no se ocupan de otra cosa que de averiguar novedades, sembrar mentiras, cojer patrañas y permanecer en el ocio y la inactividad hasta un punto que mas parecen estátuas de la humanidad, embarazos del estado, antípodas del trabajo, plantas estériles, troncos arrimados, fantásticos frontispicios y simulacros del sueño y de la pereza que seres dotados de inteligencia, de razon y de juicio.

En otro número me ocuparé de los bombos, especie de hombres sencillos y de buena condicion, y cuya ridícula gravedad forma el antítesis de los cascabeles.

El Duende.



VARIEDADES.



REUNIONES AL AIRE LIBRE.

Si el público valenciano no acude al Coliseo, es porque no quiere, ó no puede.

(Eco Literario, núm. 1, segunda série.)

Si se espresa nuestro apreciable colaborador en su revista teatral del domingo último, deduciendo yo de aquí que no es bajo techado, ni á la brillante claridad de cien mecheros de gas, donde podré fijar mi observatorio para hablar de la sociedad de la ciudad del Cid. Renuncio, pues, á pintar el cuadro de la poblacion sentada en la magnífica casa de la calle de las Barcas, y me conformaré con ir á buscarla entre las flores del plantío, ó entre las oleadas de la deliciosa Glorieta, sin olvidar las gratas y sentimentales alamedas de Serranos, delicioso soláz de las

viudas, de los tristes y de los esclaustrados, porque bajo todas estas denominaciones son conocidos los lindos jardines que adornan las orillas del Túria desde la puerta de la Trinidad hasta la Nueva. Quiero hablar de la hermosa mitad del género humano, sin olvidar la otra, ó *sexo feo*, de modas, de carruages, de caballos, de flores, de artes y de artistas, en una palabra; mi objeto es reunir todo lo que puede alhagar la imaginacion, todo lo que tiene de encantador el delicioso pais que habitamos, con todo lo que hay de admirable en los productos de los inteligentes y laboriosos artesanos que contribuyen al adorno de la elegante hermosura, así como al *confortable* de los demás moradores de la ciudad privilegiada.... Basta y aun sobra de preámbulo, como dirian los covachuelistas.

El domingo anterior hubo un *lleno* completo en todos los paseos, porque puedo asegurar, sin exageracion, que toda la poblacion de Valencia estaba en los paseos de las afueras de la ciudad; la tarde deliciosa, aunque algunas nubes aparecian en el horizonte, imágen de los goces de la vida que siempre los entristece algun negro pensamiento. Hoy solo me propongo hablar del plantío, y principiaré por decir que aunque concurridísimo como ya he referido, se notaba la ausencia de la parte mas elegante del bello sexo; no se vaya á creer por eso que faltaban hermosas por quien suspirar; sabido es que en habiendo mas de dos de nuestras paisanas reunidas ya es imposible al hombre mas flemático conservar la independendencia del corazon. Valencianas y hermosas es sinónimo, no faltará quien me diga que estoy galante en extremo, que mi amor al pais y á ellas me ciegan, que tambien habia forasteras y aun *extrangeras* que llevaban tras sí las miradas y los corazones; convenido, cierto, innegable, porque este raciocinio no se opone en manera alguna á mi anterior aserto.

Considerable número de carruages paseaban por el camino de la Alameda, y cuenta que cuando digo *carruages*, quiero decir tartanas, exceptuando algunos de los llamados propiamente así de cuatro ruedas, que tambien notamos que podian competir en lujo con los que circulan en los paseos de la capital de la vecina Francia.—Supongo que las tales tartanas conducian cada una mas de una hermosa, pero hay que contentarnos con la suposicion, como el navegante que surca los mares de la India se contenta con ver en el fondo del azulado elemento la concha que contiene las perlas, ¡supone y nada mas!!!! Si yo tuviera la felicidad de que fijara las miradas sobre esta revista alguna de estas numerosas beldades, les diria: déjate la malhadada tartana en la rotunda de la Alameda, y como la perla sal á que te vea el sol, rival de tu hermosura, sal á que el sol del amor te dé nuevo brillo, nuevo esmalte y belleza. Pero hola, hola,

¡cómo me exalto! ¡calla! yo que tanto he reido de aquello, de la *lágrima*, el *eden*, la *tumba* y demás zarandajas con que nos empalagan los *dulcísimos* poetas de nuestros dias, y digo *dulcísimos*, por no decir faltos de sal.

¿Qué quereis que diga de vosotros, *varones* paseantes, despues que estoy aun bajo la emocion de aquello de las perlas? que estabais todos como yo, entusiasmados por la influencia de la hermosura que conspiraba con su cómplice *Mayo*, ó el mes de las flores, para hacernos perder el juicio: todos bien vestidos, elegantes, y.... hasta *hermosos*, merced á los sastres, sombrereros, peluqueros, guanteros y á vosotros tambien, ¡oh zapateros! á quien no queria nombrar por vengarme de un callo que os debo y que me impidió gozar completamente por vuestro empeño, en querer que mi pie sea como el de una *China*, sin atender que soy de *raza* del Norte y.... pero basta por hoy que veo á cierto mozo *rubio* quejarse de mi locuacidad.

Lulú.

LICEO VALENCIANO.

La seccion de declamacion en la noche del jueves último representó la linda comedia *República conyugal*. Sus esfuerzos fueron recibidos con espontáneos aplausos por la numerosa concurrencia. Durante la representacion de la referida comedia admiramos las multiplicadas bellezas que contiene, sintiendo muchísimo que el señor Rubí haya abjurado enteramente semejante género para lanzarse á otro en el que aun no le podemos juzgar. Los motivos que tuvo presentes el distinguido poeta al tomar tal resolucion, por sabidas se callan. Nosotros estamos por las reformas, creyendo, sin embargo, que debieran empezar destruyendo de nuestra escena muchos de los pesados, inconexos é inverosímiles dramas franceses, á cuyo repertorio pertenecen *Fabian el Mulato*, *Los Misterios de París*, *El Conde de Monte-Cristo*, etc. etc. Si censurando previamente el mérito literario de las obras dramáticas que se deben representar, puede ser elevado el teatro nacional, cuando semejante censura es nimia, exigente é implacable puede ahogar en su nacimiento muchos ingenios capaces de ulterior perfeccion, irrogando por lo mismo grandes perjuicios á esta seccion de nuestra literatura.

MUSEO DEL CID.

CONCIERTO.

El estado de brillantéz á que vemosalzada esta sociedad, naciente aun, nos obliga á ocuparnos de ella, con tanto mas gusto, cuanto que observamos no fueron defraudadas nuestras esperanzas, fundadas en los buenos deseos

que animan á sus directores interesados en el mayor lucimiento de las funciones. En la celebrada la noche del 8 notóse un esmero inusitado en el adorno del salon, cuya hermosa perspectiva era realizada por la numerosa y escogida concurrencia que, entusiasta por los progresos del arte lírico, manifestaba su satisfaccion con unánimes y repetidos aplausos; justas demostraciones debidas al gusto é inteligencia con que los socios todos desempeñaron su respectivo cometido; si bien distinguióse la señorita Ponce de Leon y los señores Peacocke, Aliena y Escorihuela, y algun otro socio cuyo nombre no recordamos, y en quienes reconocemos escelentes dotes, que mostraron dignamente al trasmitirnos las bellas inspiraciones de Verdi, Donicetti y Mercadante.

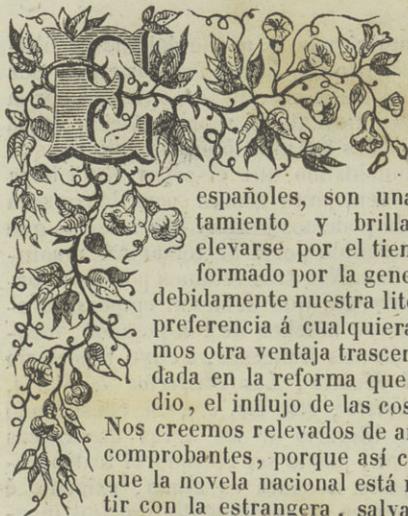
El Mulato.

TEATRO.

REVISTA CRÍTICA.

FABIAN EL MULATO Ó EL MÉDICO NEGRO.—LA COMPAÑÍA DE BAILE.—

NATALE WOLFF.



El buen género y escuela que van caracterizando insensiblemente las producciones dramáticas de los poetas

españoles, son una garantía del adelantamiento y brillantéz á que pueden elevarse por el tiempo. Existe un gusto formado por la generalidad para apreciar debidamente nuestra literatura dramática con preferencia á cualquiera otra; y con ello vemos otra ventaja trascendental que está fundada en la reforma que han obrado el estudio, el influjo de las costumbres y del gusto.

Nos creemos relevados de añadir consideraciones comprobantes, porque así como nadie desconoce que la novela nacional está muy lejos de competir con la estrangera, salvas honrosas escepciones, del mismo modo creemos para el público

formada con distincion notable y digna de alabanza la tendencia por la estimacion de las producciones dramáticas que enriquecen el repertorio de nuestro teatro. No pretendemos entrar en comparaciones estensas para deducir filosóficamente un resultado que sea la prueba consecuente de nuestro aserto; algunas páginas no fueran suficientes para la esplanacion de las teorías que naturalmente se desprenden de las ideas que dejamos apuntadas por simple enunciacion: otro es nuestro pensamiento, el de manifestar que ha cesado la especie de maravillosidad que producian los complicados dramas traducidos constantemente del teatro francés en mengua de la literatura española. La dulce y flúida poesía castellana ha prestado reanimacion á nuestra escena, y las producciones que forman su catálogo son mas aceptables, mas en armonía con las costumbres y el gusto de la época, mas atenuadas generalmente á las reglas que los optimistas han llamado indispensables y precisas, mas verosímiles en la conduccion de los acciden-

tes episódicos: no pretendemos por ello negar el mérito que en realidad tengan las obras del teatro francés, porque al hablar así hemos llevado de intento el indicar que al anunciarse una produccion en escena que no pertenezca á nuestro repertorio, se nota en el público una desconfianza que contrasta con el entusiasmo de otros tiempos, una prevenccion que le hace cuerdo para juzgar con entera conciencia y sin deslumbrarse, por el fantástico oropel de sorprendentes impresiones; tal vez consista todo ello, en que las piezas traducidas no sean de las que mas honren por su belleza al teatro francés, pero débese á cualquier circunstancia, ha redundado en beneficio de la literatura nacional, perfeccionada con refinamiento y popularizada para mayor honra del pais; en este triunfo notable ha fallado el público inteligente con la luz de la razon, del buen gusto y de la filosofia: se ha llegado á conocer la verdad en esta época en que todos discuten, la verdad, esa luz de la razon en el debate de los principios: nuestra revista crítica es de marcadas dimensiones para poder entrar con latitud en el exámen de los principios sentados.

Fabian el Mulato ó el Médico Negro, es la produccion que ha obtenido los honores de ser representada inmerecidamente por tres noches consecutivas; traducido del francés el drama que nombramos, y anunciado pomposamente con las ofertas de costumbre; atrajo una concurrencia bastante regular en el primer día de su salutación; ¡la tumba, no obstante, se elevaba al lado de su cuna!; ¿por qué? por mil razones; porque es una novela puesta en accion; una farsa semi-mágica, inverosímil en muchas de sus situaciones, atronadora y fatigosa, porque tiene cosas muy malas sin que puedan ser encubiertas por la regularidad de un plan que no fuera difícil dejar mas hábilmente trazado con el mismo argumento: porque tiene escenas de violenta accion sin efecto agradable, sin el interés que deben inspirar los rasgos críticos de un drama: no es extraño que algunas pinceladas ofrezcan cierta amenidad de buen grado sorprendente, si el cuadro es en su estenso contorno de mal resultado; los episodios no dan completa importancia y entera lucidéz á una obra, si ésta no consiguió las condiciones de su perfeccion: esto se nos alcanza al juzgar el drama en que las razas se confunden y aun por matrimonio oculto, dando al olvido la preocupacion inveterada: este drama francés no acredita seguramente el brillante estado en que se halla la literatura francesa, aguardemos que otro de mas feliz éxito la aboné con justicia; aunque *Fabian el Mulato* debe, por consecuencia, ser mal representante de las cosas francesas por su condicion y color.

La egecucion ha sido muy buena por parte de la señora Valero, que tierna y apasionada, mostró elevacion de sentimientos y propiedad en todo su papel: la Danzant bastante bien: el señor Jover estuvo feliz; agradando al público en extremo. Revilla, Ibañez, etc., etc., medianamente bien.

La compañía de baile llena completamente el desco fantástico de los aficionados á las piruetas, á las posiciones mimico-voluptuosas, á los ensueños dorados, puestos en escena.

Natale ha correspondido á la confianza del público, viéndose coronado de aplausos en el tercer acto del *Tasso* y ária del *Giuramento*: el solo nombre del artista escude á toda recomendacion sobre su distinguido mérito.

VALENCIA:

Imprenta de D. Benito Monfort,

plaza del Temple, núm. 5.